

Petra Hartlieb

## Primavera en Viena

Traducción del alemán de  
María Esperanza Romero

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para mis compañeras y compañeros:  
Alex, Anna, Barbie, Berna, Elodie,  
Eva, Hanna, Jakob, Lena, Livia, Peter,  
Silvia y Teresa*

Los zapatos le venían pequeños, al menos un número. Marie tenía que andar con cuidado para no trastabillar. Sobre todo la alfombra le dificultaba el avance, y no tuvo más remedio que agarrarse al brazo de Oskar. El corpiño le apretaba, no estaba acostumbrada a esos atavíos. Fue la cocinera quien se lo ciñó y acordonó; además de preguntarle tres veces si estaba segura de querer someterse a ese suplicio.

—Sí, aprieta fuerte, quiero parecer una dama distinguida.

Ojalá no le diera un mareo, pues ella sola no iba a poder aflojarse los cordones.

Oskar subía por la gran escalinata alfombrada de rojo como si todo aquello fuese para él lo más normal del mundo. Aquella arquitectura descomunal, las numerosas pinturas, los escalones de mármol..., nada parecía impresionarlo de verdad.

Después de que un hombre de librea negra les rasgara las entradas, Oskar la condujo al patio de butacas del K. K. Hofburgtheater, el gran teatro imperial. Pareció notar el efecto que producía la sala en Marie, y nada más entrar se quedó unos pasos atrás observándola, viendo cómo miraba a su alrededor boquiabierta y con los ojos como platos. Las butacas tapizadas de terciopelo rojo, los palcos ricamente historia-dos, la profusión de luces y la enorme araña de cristal en el

centro del techo... Marie, que venía de un pueblo de provincia, jamás había visto un esplendor similar.

—Disculpe, no puede quedarse parada aquí.

—Perdone, ¿puedo pasar?

—¿Me permite?

Los dos fueron empujados por los otros espectadores hacia el interior de la sala, y Marie sostenía con firmeza las entradas. Oskar había insistido en que fuera ella quien las enseñara ante la puerta, aunque en el tranvía Marie había querido depositar el sobre en sus manos.

—Son tus entradas. A ti te las han regalado y tú amablemente me has invitado a venir contigo. O sea que te corresponde llevarlas.

Desde entonces, Marie sostenía los dos trozos de papel en la mano. Solo los soltó durante un instante para que los revisaran y rasgaran a la entrada.

—¿Dónde están nuestros sitios? —preguntó Oskar, que seguía cogiéndole la mano con fuerza.

—No lo sé —dijo Marie con voz muy queda.

—Tienes que mirar las entradas, ahí lo pone.

¡Dios, qué tonta se sentía! Como una niñera pueblerina que quiere dárse las de gran dama acudiendo al teatro. Probablemente la gente distinguida ya la había calado hacía tiempo y hablaba de ella por lo bajo. Rápidamente leyó: fila cinco, butacas seis y siete.

—Nunca he estado en sitios tan caros —dijo Oskar con entusiasmo tirando de ella para que avanzara y buscando la fila cinco.

Marie se sintió aliviada en cuanto pudo sentarse, los zapatos le apretaban y el ajustado corpiño hacía que le costara respirar.

—¿Qué te parece? —le preguntó Oskar como si todo aquello le perteneciera y se lo estuviera presentando con orgullo.

—Es..., no sé qué decir..., es impresionante.

—Sí, lo es. Me acuerdo a la perfección de la primera vez que estuve aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—Lo sé exactamente. Tenía diecisiete años. El señor Stock me regaló la entrada por mi cumpleaños, solo que era para un sitio de pie. Mi primera visita al teatro no fue tan elegante como la tuya.

—Ya ves, puedo permitírmelo —dijo Marie riendo, pues ya estaba más relajada. Las entradas que el doctor le había regalado por Navidad valían casi tanto como lo que ella ganaba en un mes haciendo de niñera de sus hijos.

—Sí, tú eres una dama distinguida y yo tan solo un modesto librero. Soy en verdad muy afortunado de que hayas querido traerme.

Entretanto, todos los espectadores habían tomado asiento, salvo alguno que otro que caminaba deprisa por los pasillos. Sonó el timbre, y Oskar apretó la mano de Marie y le susurró:

—¡Chiss! Ahora comienza.

Marie estaba embelesada. Absorbía las imágenes, intentaba dilucidar cada escena, al tiempo que pensaba una y otra vez que esas palabras habían fluido de la pluma de su patrón. Era francamente inimaginable: todo esto que sucedía aquí en el escenario había estado antes en la mente del doctor Schnitzler, luego lo habían aprendido de memoria aquellos seres maravillosos que tenía delante y ahora lo repetían para ella. Sí, Marie tenía la sensación de que Bleibtreu y Korff pronunciaban las frases solo para ella, olvidaba a la gente que la rodeaba. Tampoco era consciente de que Oskar estuviera a su lado, y cuando un anciano espectador, sentado en la fila de detrás, tuvo un acceso de tos, ella se sobresaltó y se giró con mirada de reproche.

Tenía puestos sus cinco sentidos en la obra y los ojos bien abiertos. No quería perderse nada, quería captar cada pala-

bra, cada pequeño gesto, y esperaba poder retenerlo todo para siempre en su memoria.

Y eso que el día había sido muy largo y al atardecer estaba tan cansada que había tenido miedo de quedarse dormida en el teatro tan pronto como se apagaran las luces.

A las cinco y media de la mañana Lili ya estaba completamente despierta, y a Marie le había costado mantener callada a la pequeña, que a sus dos años ya era muy espabilada. La señora se ponía de muy mal humor cuando se la despertaba demasiado pronto, y puesto que Marie había visto luz en el despacho del doctor hasta bien entrada la noche, suponía que este también seguiría durmiendo. Ella misma había bregado por conciliar el sueño. No paraba de pensar en ir al teatro y en Oskar. En algún momento, en mitad de la noche, se había levantado a comprobar si las dos entradas seguían estando sobre la cómoda.

Esas dos entradas eran lo más caro que Marie había poseído nunca. Cuando por Navidad el doctor depositó en sus manos aquel sobre y Heini la había animado a abrirlo delante de todas las miradas, ella se había echado a llorar de puro contento. Lili se subió a una silla y con sus manitas pringosas le enjugó las lágrimas. Y a Heini, con sus nueve años, el arrebatado sentimental de Marie casi llegó a angustiarse.

Ese día los niños se habían levantado temprano a pesar de la oscuridad de la mañana. Heinrich estaba abatido porque sus padres salían de viaje a pasar unos días en Salzburgo; la señora, de mal humor, rezongaba constantemente a la criada mientras hacía la maleta, e incluso la buena de Anna, que se afanaba en preparar una merienda para los señores, andaba de mal genio.

Por fin el señor y la señora Schnitzler estuvieron listos para partir y, mientras subían al taxi que los había de llevar a

la estación, Marie, con Lili en brazos, se los quedó mirando desde el portal. La pequeña hizo señas con la mano en dirección a aquel coche negro hasta que este desapareció abandonando la Sternwartestrasse. Heini, por supuesto, se sentía demasiado mayor para esas chiquilladas de hacer señas con la mano, de modo que se escabulló hacia la cocina a reunirse con Anna.

—Bien, ahora lo primero que haremos será tomar un buen café.

Anna estaba visiblemente aliviada de que los señores se hubieran marchado y volviera la paz a la casa.

—Heini, ¿serías tan amable de hojear un libro con Lili? Tengo que comentarle algo a Marie.

—No, quiero quedarme con vosotras —dijo Heinrich mirando a la cocinera con el ceño fruncido.

Anna se limitó a reír y fue empujando a los dos críos para que salieran de la cocina. Marie la admiraba por la autoridad que irradiaba y por el hecho de que los niños siempre la respetaran.

—Como premio, enseguida iré a jugar al parchís contigo —dijo Marie, puso dos tazas de café sobre la mesa y cerró la puerta tras los niños.

—¿Ya sabes lo que te vas a poner?

—¿Hoy? ¿Para el teatro?

—Claro, cariño. No será para ir a jugar al parchís. Ay, estoy tan excitada, yo en tu lugar seguro que no iría, no me atrevería.

—Eso eso, méteme más miedo del que ya tengo, no he pegado ojo en toda la noche.

—¡Qué va! Verás lo hermoso que será, parecerás una dama distinguida y con Oskar tendrás un caballero a tu lado.

—Sí, pero sabe de teatro y yo, en cambio, soy una inculta hija de campesinos.

—Él no te va a examinar. ¿Y después iréis a tomar algo?

—No creo. No se estila a esas horas de la noche. Además, tengo que volver a casa a cuidar de los niños.

—Los señores no están y yo me encargo de que no les falte nada.

El que Marie pudiera ir al teatro esa noche se debía solo a que la cocinera se había ofrecido a hacerse cargo de los niños. También había sido ella la que les había preguntado a los señores si excepcionalmente Marie podía librar para acudir a la función. Pues, aun sabiendo que los señores estarían ausentes, querían curarse en salud y evitar quejas por que Marie saliera, no siendo ese su día libre.

—¡Vaya vaya, mi querida señorita! En esta función actúa la Bleibtreu, que es la que mejor interpreta el papel —dijo el doctor asintiendo con benevolencia cuando Anna le presentó la petición en presencia de Marie, que, a su lado, guardaba silencio.

El día se estaba haciendo infinitamente largo, y los niños no querían abandonar la casa porque el tiempo era húmedo y frío. Mientras Lili dormía su siesta, Marie convenció a Heini para que cogiera su nuevo libro de aventuras y se pusiera a leer, y mientras tanto ella se tumbó en el canapé de la habitación infantil a descansar durante media hora.

Los críos, desde luego, no querían perderse el momento en que Marie se arreglara para salir, y cuando se puso su único vestido bueno, Heinrich la miró con escepticismo.

—Los vestidos de mi madre son..., no sé, diferentes —opinó con prudencia.

—Sí, Heini, tu madre es una dama elegante y yo no soy más que una niñera.

—Pero hoy tú también eres una elegante dama. —Heinrich la abrazó y apretó su cara contra el regazo de Marie; a ella enseguida se le humedecieron los ojos de la emoción. Qué suerte tenía de haber conseguido ese puesto, en esa bella casa situada en pleno barrio Cottage, con unos patrones que

la trataban bien y unos niños tan maravillosos que desde el primer día se habían encariñado con ella.

—Podrías tomar prestado un traje de mi madre —propuso Heini.

—No, Heini, no puedo. Primero porque esas cosas no se hacen y segundo porque no me quedaría bien. Tu madre es mucho más alta que yo.

—Y además gordinflona —dijo Heini soltando una risita maliciosa que contagió a Lili y la hizo ponerse a canturrear: gordinflona, lona, lona.

Media hora antes de que Oskar llegara a recoger a Marie, esta ya estaba de punta en blanco en la cocina sin atreverse a tomar ni un vaso de agua.

—Imagínate que en el teatro tenga que ir al lavabo.

—Bueno, supongo que aseos tendrán. Incluso la gente fina tiene que hacer de vez en cuando sus necesidades.

A las seis en punto sonó el timbre, y Oskar estaba a la puerta. Saludó a Marie besándole la mano y a la cocinera con una profunda reverencia.

—Estás preciosa.

—¿Te parece? Gracias.

Marie echó un último vistazo al espejo para examinarse antes de ponerse el abrigo sobre los hombros. El vestido de domingo era sencillo pero de buen corte, y acentuaba su esbelta figura. En el último momento, Anna había descubierto un rasgón en el dobladillo y lo había remendado primorosamente. El día anterior, Marie había tomado prestados los zapatos de la niñera de los Schmutzer, la familia de enfrente. Eran un número más pequeño que los que ella llevaba, pero sus propios zapatos domingueros le parecieron demasiado bastos y, a pesar de haberlos cepillado varias veces, no logró sacarles brillo.

—¿Tienes las entradas?

—¡Jesús, las entradas!

Marie, de tanta agitación, había dejado el sobre en su cuarto. Heini trepó escaleras arriba para ir a buscarlas.

—Bueno, niños, a portarse bien y a obedecer a Anna. Yo volveré pronto y os contaré cómo fue todo. Buenas noches.

Y ahora estaba ahí, en ese hermoso teatro, rodeada de gente culta y distinguida. Su cansancio había desaparecido como por ensalmo, y se esforzaba por no adoptar una postura demasiado rígida en la butaca. Notaba que Oskar la miraba una y otra vez por el rabillo del ojo. En un momento dado hasta le apartó un mechón de la cara sofocada.

En el entreacto abandonaron el patio de butacas para subir por una escalera con muchos recovecos a la planta superior, donde, alrededor de mesas altas de bar, la gente se congregaba y comentaba animadamente la pieza. Oskar le preguntó si quería tomar algo, pero Marie rehusó y se colocó al lado de uno de los ventanales. Los zapatos le hacían ya mucho daño y buscó alivio apoyándose un poco en Oskar, que con delicadeza le pasó el brazo por los hombros.

—¿Y qué te ha parecido? ¿Te gusta?

—Sí, mucho. —Marie le apretó la mano—. Estoy en el teatro, no acabo de creérmelo. Si mi abuela lo supiera...

—¿Por qué tu abuela?

—Hace muchos años que no veo a mi abuela. Ni siquiera sé si vive todavía. Pero cuando salí de la granja, tuve que prometerle que un día iría a ver una función de teatro. Y ahora estoy aquí.

El recuerdo de su abuela hizo que a Marie le brotaran lágrimas; a través de la ventana, fijó la mirada en el ayuntamiento situado enfrente del teatro, aunque sin mirarlo. Esperaba que Oskar no se percatara de sus lágrimas. Él parecía notarlo, pero no dijo nada y apretó un poco más el brazo contra su cuerpo.

Deambularon de un lado a otro por el amplio pasillo mirando los retratos de actores famosos que decoraban las paredes. Y mientras Marie se esforzaba por no pensar en sus doloridos pies ni en su vejiga llena, sonó un timbre anunciando el final del entreacto.

—Bien, ahora viene lo más emocionante —dijo Oskar conduciéndola sin vacilar, escalera abajo, hacia sus asientos.